

Sobre Beatriz Patiño Millán

Juan Carlos Vélez Rendón

Profesor del Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia,
jcarlos.velez@udea.edu.co

De la vida profesional de Beatriz Patiño Millán (1952-2012) puede decirse de manera sintética que se graduó de la Licenciatura en Historia (1974) y de la Maestría en Historia Andina de la Universidad del Valle (1992). Y que su vida docente en la Universidad de Antioquia la realizó, por lo menos, desde 1975 y que comprendió, además de los cursos de historiografía colombiana, los de historia de Colombia, historia de América Latina, Paleografía y seminarios de especialización y de investigación. Que, además, investigó temas principal, aunque no exclusivamente, de historia colonial, de los que derivaron estudios clásicos para la historia regional del Valle del Cauca y de Antioquia publicados como libros (*Economía del tabaco en la Gobernación de Popayán; 1764-1820; Riqueza, pobreza y diferenciación social en la provincia de Antioquia, durante el siglo XVIII; Criminalidad, ley penal y estructura social en la Provincia de Antioquia, 1750-1820*), así como numerosos artículos, capítulos de libros, ponencias e informes de investigación sobre archivos, fondos documentales, aspectos demográficos, empresarios y redes empresariales. También debe recordarse que cumplió una tarea básica y esencial para la actividad archivística en Antioquia, referida a la identificación, inventario y organización de archivos, y las no menos significativas guías de archivos municipales de Antioquia, del Archivo Histórico de Antioquia y de archivos judiciales. Y que también asumió su responsabilidad universitaria en la administración educativa al frente del Departamento de Historia y de las Decanatura y Vicedecanatura de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas en la Universidad de Antioquia, así como a la actividad gremial en la Asociación Colombiana de Historiadores y en su Capítulo de Antioquia.

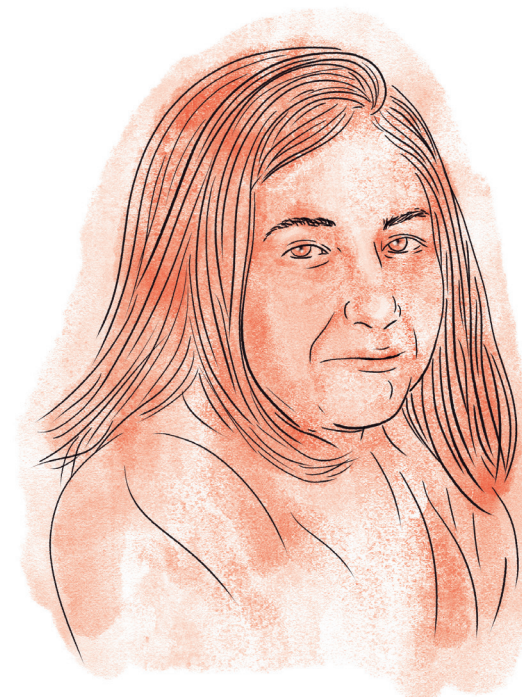
De este conjunto incompleto deben resaltarse aspectos de su práctica docente, de un lado, porque ella incidió notablemente sobre sus estudiantes y contribuyó de manera considerable en

la formación de investigadores en Historia, en la proyección del Departamento de Historia y en la consolidación de la disciplina en nuestro país.

Esa práctica docente se puede ilustrar, por ejemplo, a partir de sus conocimientos de historiografía que se expresaban en el curso de Historiografía Colombiana, en el que desplegaba un enorme saber y despertaba inquietudes sobre la labor del historiador y sobre el sentido de la enseñanza universitaria.

Reflexionaba sistemáticamente sobre el discurso histórico, inspirada en sus lecturas de Roland Barthes, de Hayden White, de Germán Colmenares y de otros historiadores de América Latina y de Colombia. Al respecto, llamaba la atención sobre el orden expositivo, la veracidad de los datos, la solidez documental y el alcance interpretativo en la obra historiográfica, los cuales hacen de la Historia una disciplina científica, aunque regida por un canon narrativo que la emparenta con otros géneros literarios. Esta invitación implicaba para quienes fuimos sus estudiantes una toma de consciencia sobre el quehacer del historiador que desacralizaba y desnudaba alguna tentación positivista y que, al mismo tiempo, se constituía en una cuidadosa advertencia sobre el rigor, la consistencia y claridad con que se debía investigar, concebir y exponer por escrito el texto historiográfico.

Beatriz Patiño también honraba esa sentencia de Germán Colmenares que habitualmente recordaba en clase, según la cual, para investigar en Historia, ante todo, hay que saber de Historia. Y la profesora Beatriz lo hacía de manera magistral: en sus cursos establecía esa conexión íntima entre investigación, conocimientos históricos y docencia, adosados por una erudición que se extendía hasta saberes no necesariamente historiográficos. Ponía en escena este saber referido a los archivos y bibliotecas, a la historia colonial y también a la historia republicana, a la historia de Antioquia y



de Colombia, y también a la historia de América Latina. Hablar con Beatriz asombraba por la inmensidad de sus conocimientos de la Historia, incomodaba por la sensación de ignorancia que despertaba entre sus jóvenes interlocutores/as de clase e inquietaba por todo el conocimiento de Historia y de archivos que esperaba desarrollaran quienes quisieran estudiar a Colombia o a Antioquia. Tener en frente a personas de esta dimensión profesional se convertía en un acicate para estudiar más, para tratar de ser mejores investigadores, para comprometernos con mayor seriedad con el conocimiento de la Historia.

En sus clases recordaba frecuentemente el libro de Lewis P. Curtis, *El Taller del Historiador*, para exponer minuciosamente los elementos con que se ha concebido un saber disciplinar antiguo y en constante renovación. Cada referencia a un tema en particular venía siempre acompañada de un análisis de los autores que lo habían tratado, de su ubicación en una escuela en particular, de la metodología que usaban y de las fuentes que habían empleado para concebir sus respectivas obras. A una duda estudiantil acerca de un tema, ella generosamente sugería una enorme bibliografía y recomendaba con precisión los archivos o fondos documentales en los que podría encontrar una información específica sobre tales inquietudes.

Las clases se convertían también en un lugar propicio para referirse a la vocación del historiador y para inculcar aptitudes, destrezas y cualidades

que se requieren para ostentar dicho título. Sus referencias permanentes a la disciplina, a la constancia y a la paciencia que debe tener el investigador en Historia, las ilustraba claramente con los más recónditos datos biográficos y con anécdotas de cronistas e historiadores como Juan de Castellanos, José Manuel Restrepo, Soledad Acosta de Samper, Luis Ospina Vásquez o Indalecio Liévano Aguirre, para o mencionar solo algunos.

Así, aludía a un oficio que implica dedicación constante, rigor y pocos reconocimientos públicos; silencio, soledad y aislamiento y poca exposición mediática; mucha lectura y un enorme esfuerzo para escribir una página con apenas alguna novedad historiográfica. Beatriz “predicaba” con el ejemplo, y lo que decía se derivaba de su propia experiencia como investigadora. Aquellos comentarios, adecuada y graciosamente ilustrados, creo que ayudaron a bastantes personas a plantearse seriamente la vocación profesional y contribuyeron a definir claramente y en la práctica eso que en los programas académicos se denomina perfil del egresado.

No puede omitirse la relación desprevenida, sincera y generosa, pero además exigente, que Beatriz establecía con los que fuimos sus estudiantes. Compartía datos e información de sus investigaciones, sugería campos de indagación para adentrarse en temas novedosos y exponía intuitivamente aspectos que debían ser investigados a mayor profundidad para cubrir aspectos no abordados por la historiografía. Y claro, también era crítica con los trabajos escolares, por su ligereza o por la falta de rigor con que se abordaban algunos temas, pero siempre respetuosa y atenta a ofrecer medios académicos a su alcance para resolver vacíos y la superficialidad de algunos planteamientos.

Las clases eran el lugar propicio en el que Beatriz exponía balances historiográficos e indicaba rutas y perspectivas para la investigación. En este sentido, permanentemente estaba provocando con temas que necesitaban estudiarse con mayor profundidad y con autores injustamente ignorados por los historiadores profesionales. Por ejemplo, producto de sus preguntas y planteamientos sobre la historiografía decimonónica colombiana, invitaba a estudiar juiciosamente obras como las de José Manuel Restrepo, Juan García del Río, José María Samper, José Manuel Groot y José María Cordovez Moure,

y ofrecía sus hipótesis e intuiciones para que los estudiantes las exploráramos. No dudo en admitir que muchos egresados que nos atrevimos a investigar en algún aspecto sugerido por Beatriz y que, temerariamente, también nos atrevimos a publicar algún resultado de estas indagaciones, le debemos a ella algo más que una mención a pie de página.

No quiero pasar por alto esa capacidad admirable para hacer lecturas del presente a partir de su conocimiento de la historia antioqueña y colombiana, y sin incurrir en extrapolaciones o teleologismos. Esta capacidad derivaba de su profundo conocimiento de temas que aún hoy son motivo de reflexión permanente; para mencionar solo algunos: la administración de justicia, la criminalidad y la violencia, el empresariado y la riqueza, la situación de la mujer y de grupos sociales subordinados, y, cómo no, el papel de los historiadores en las sociedades a las que pertenecen y en que realizan sus obras.

Estas palabras apenas reconocen algunos rasgos y atributos de una profesora universitaria que puso todo de su parte para lograr con reconocida efectividad los objetivos que rigen la labor docente. Gracias a esa dedicación, a ese trabajo constante y minucioso, a ese modelo de Maestra que encarnaba Beatriz Patiño, muchos de quienes tuvimos la fortuna de asistir a sus clases y de recibir sus asesorías formales e informales, hoy intentamos ser más idóneos en nuestro ejercicio profesional.

El trabajo docente constante, riguroso y generoso que realizó con los estudiantes fortaleció la práctica investigativa, la disciplina científica y a una dependencia académica universitaria; y en ese trabajo cotidiano se constató, además, su compromiso con la educación pública y con la transformación del país. 🇨🇴

Azul y Lindy Márquez, Ser Piedra (Detalle gesto).
Video-instalación, 00:12:25, Dimensiones variables,
2015-2019, @azul.lindy



Azul y Lindy Márquez, Luz. Mixta (Lápiz, acuarela, luz led, cabello sintético, papel cristal sobre papel canson), 23.3 x 22 x 10 cm, 2021, @azul.lindy



Azul y Lindy Márquez, Cima. Mixta (Acuarela, lápiz, papel globo y cabello sobre papel), 21x28x10cm, 2015, @azul.lindy



Azul y Lindy Márquez, La(s) fe mueven montañas. Mixta (Acuarela, lápiz, papel globo y aieluyas sobre papel), 21x28x10cm, 2015, @azul.lindy